

El reflejo

Dulce María Delgadillo

ABRÍ LA PUERTA Y SALÍ de aquella habitación pobremente iluminada por la débil luz que entraba a través de las pequeñas ventanas de vidrios opacos, cubiertos de polvo y tierra acumulados día tras día. Los focos ahorradores de energía de varias lámparas colocadas sobre el techo no aportaban mayor luminosidad y producían un efecto lúgubre al interior del cuarto, pues la luz que se desprendía de ellos sólo provocaba el alargamiento de las sombras de los muebles que dispuestos en hileras pretendían coartar su paso. La oscuridad de esa estancia contrastaba con el resplandor reinante fuera de ella. Deslumbrada por la claridad de la mañana, momentáneamente cerré un poco los párpados. Fuera de la estancia vislumbré el largo pasillo que, como una serpiente tendida sobre la tierra, encajonaba su cuerpo entre las paredes blancas, descansando sus extremos en los límites del edificio. Tomé entonces el corredor iluminado por la luz que irrumpía en torrente a través del enorme ventanal dejando al descubierto la escalera por la que habría de subir para llegar a mi puesto e iniciar mi trabajo. La luz también se introducía por las puertas externas del edificio. Ambas puertas, una al frente y otra lateral, eran hojas de vidrio sujetas a un armazón de aluminio de manera que la luz, como un ser omnipresente, prácticamente no tenía un tope o filtro para entrar en la construcción aun cuando las dos puertas permanecieran cerradas y al topar con las albas paredes incrementaba su efecto de claridad.

Dentro del inmueble, la luz cenital conformada por la luminosidad natural y la artificial de las lámparas hacía que mi silueta se reflejara en el vidrio de una puerta interna similar a las antes descritas que dividía el túnel en el que convergían varias cámaras. El cancel interno se localizaba más allá del punto donde debía desviarme a la izquierda para alcanzar la escalera.

En la superficie del vidrio de la puerta interna, los rayos luminosos procedentes del exterior chocaban y cambiaban de dirección devolviendo una imagen en la que pude ver mi caminar. No había nadie más en el pasillo por lo que mi figura era la única reflejada en ese espejo. De cuerpo completo y casi a mi tamaño original, dado que no se podían contar más de cincuenta pasos hasta el vidrio completamente plano, el reverbero era una copia fidedigna y solitaria de mi silueta y en ella observé cómo los tarsos y los metatarsos de mis pies cubiertos de mi propia piel y la de mis zapatos se elevaban sobre el piso.

Bajo los pantalones, la condición de mi andar se transmitía por las tibias y los peronés; los movimientos de la rótula, el cóndilo externo y la tróclea de cada una de mis piernas, repercutían en el fémur correspondiente. En mis piernas esos dos huesos, que como en todo ser humano son los más largos del esqueleto al estar conectados por su cabeza a los huesos de mi cadera, hacían mis pasos livianos y ligeros. De mis manos, los carpos y los metacarpos hacían las veces de paredes no definidas por completo de una caja imaginaria que rodeaba a otra real; el radio y el cúbito de mis brazos por dos lados y las vértebras lumbares por el otro complementaban el abrazo de ese objeto que me ayudaba a transportar varias cosas pequeñas y delicadas.

A pesar del poco peso del material sentía la rígida posición de los húmeros de mis brazos. Mi esternón se comprimía un poco con la cercanía de la caja sobre él, aunque sin alterar en nada mi respiración o los latidos de mi corazón. Sin embargo, éste tuvo de repente un sobresalto y aquella se aceleró súbitamente al advertir que en mi caminar había algo raro. Los pasos que conducían mi cuerpo a su propio reflejo eran extraños a simple vista. En ese espejo anamórfico, observé que mi cuerpo se quebraba

un poco en cada paso a pesar de que las ondulaciones de la ropa que cubría mi cuerpo se veían claras correspondiendo a cada movimiento de mi andar. En mi estructura ósea, las vértebras lumbares y dorsales y todo mi esqueleto axial parecían no responder a los movimientos que mi esqueleto apendicular marcaba. Fijé mi atención en cada paso. Mis pies, coordinadamente, subían, avanzaban y bajaban otra vez al piso. Uno a la vez, a cada tiempo mostrando pasos regulares, cortos, sin prisas ni apuros. Pero, insisto, había algo raro en esa imagen y, a pesar de ello, no detuve la marcha y, obviamente, mi reflejo tampoco lo hizo.

Con la mirada fija sobre la imagen en ese espejo, hipnotizada seguí avanzando y observando cada vez con más detalle cómo iba acercándome al vidrio. Vi mi silueta a cada paso mejor definida ante la cercanía que, ayudada por la luz o radiación electromagnética emitida por mi cuerpo reflejado en el vidrio y que incidía en mi retina, provocaba la sensación de una visión cada vez más clara de mi misma. No obstante, he de decirlo, la nitidez no era la suficiente para que alcanzara a vislumbrar los rasgos de mi rostro. Y, de repente, como en un desdoblamiento físico, el reflejo se separó de mi cuerpo y el esqueleto cubierto de

piel, músculos y ropa que había estado mirando durante unos segundos -que parecieron horas de reflexión sobre mi propio ser- viró hacia la izquierda, en sentido opuesto al que yo me dirigía. Me detuve de golpe sintiendo de momento que no sólo yo sino el universo entero había dejado de moverse. ¿Cómo podía mi imagen tomar hacia *su* izquierda cuando el cuerpo real, el que yo misma llevaba y miraba de frente, también debía tomar ese sentido que, en razón directa debía ser el contrario al del reflejo?

Una sacudida de preguntas arremetió en mi mente y golpeó mis sentidos: ¿Era acaso que, sin darme apenas cuenta, acababa de morir y mi alma se desprendía de mi ser cuando aún la conciencia no había abandonado mi cerebro, de tal modo que podía observar como escapaba de mi cuerpo? ¿O era que en un fenómeno no descrito por las leyes de la física clásica y moderna, el spin de todos los átomos que conformaban no sólo mi ser sino todo lo que me rodeaba había sucumbido a una fuerza extraordinaria y cambiaban su sentido de giro? ¿O el relato aquel que como una leyenda circulaba en los pasillos del edificio acerca de un espíritu que vagaba en ellos era cierto y se me había revelado?



[Descenso] Efectos de la aparición súbita de un hoyo negro en la capa de ozono, tinta china sobre papel

Confundida y más deslumbrada aún, en cuestión de milisegundos, mi cerebro fue alcanzado por la luz del razonamiento aclarándose poco a poco permitiendo que me percatara de lo sucedido tratando de responder a cada cuestionamiento. Acerca de la última pregunta formulada en mi mente, un leve estremecimiento me recorrió a pesar de que nunca me había detenido a pensar que pudiera ser verdad aquella versión de un fantasma errante. No podía creer que algún ser de otro mundo, de otra dimensión, visitara los sitios en los que en otro tiempo hubiera caminado por más que las personas que me lo habían relatado lo hicieran con tanta seguridad de hechos que, no constándoles a ellos personalmente, repitieran de boca en boca para, tal vez, tratar de infundir miedo a quienes nos integrábamos como personal nuevo en el edificio. Por lo tanto el escepticismo se sobrepuso al escalofrío y descarté la posibilidad de un encuentro sobrenatural.

Por otro lado, el latido acelerado de mi corazón y la sensación de sorpresa ante el hecho inesperado que producía que los sentidos se alertaran y la respiración se entrecortara en mis vías aéreas, me indicó que yo no estaba muerta y que los átomos y el universo entero seguían sus movimientos naturales de manera normal. Fue entonces que comprendí que el reflejo de mi cuerpo, a pesar de ser real desde mi punto de visión, no era tal en el extremo opuesto del túnel que conectaba ambas alas del corredor puesto que, caminando en dirección opuesta a la que yo llevaba, una persona, otra mujer más o menos de mi estatura, vistiendo unos pantalones oscuros como los que yo llevaba y cargando algo entre sus brazos, había usurpado mi cuerpo en el otro lado del vidrio del cancel. Las coincidencias del tiempo, el espacio y las circunstancias produjeron que el cuerpo de ese ser humano y el mío parecieran el mismo, uno solo aunque separado por un vidrio. Ante el juego de luces que nos rodeaban los pasos de esa persona y los míos se sobrepusieron por unos instantes desafiando las leyes físicas que definen los lugares ocupados en el espacio por cuerpos diferentes. Dado que la visión que yo tenía era estrictamente contraria a la de ese otro ser, estoy segura de que ella miró nítida y claramente el avance de mis pasos por el pasillo y no se turbó puesto que la luz que recibía no provocaba un espejismo real, si se puede llamar así, como el que se producía de este lado del corredor.

La mujer, a la que no llegué a distinguir con precisión entró en una habitación más allá del cancel y mi vista la perdió. Esto ocasionó que la alteración de mis sentidos ante la sorpresa del desprendimiento de mi ser se diluyera

y mi respiración se regularizara. No quise averiguar de qué persona se trataba. No intenté buscarla para comentarle lo que había visto. No resolví compartir con ella el momento en el que la miré como el mismo individuo que yo era. ¿Qué hubiera ganado con ello? ¿Acaso decirle que su silueta y la mía en un instante relativo al tiempo y estrictamente desde mi perspectiva, habían ocupado el mismo espacio en una visualidad conformada por dos imágenes, una real y otra virtual, separadas por un trozo de vidrio? Tal vez ella no lo habría creído, pues su visión evidentemente era opuesta a la mía. Quizá la percepción que ella tuvo al mirarme desde el otro lado de la puerta no tuvo nada que ver con un reflejo o con un desconocimiento de mi persona porque al final seguramente se trataba de una compañera que sabía que mi lugar de trabajo no estaba en ese piso. Pero quizá, razonable pero inconscientemente, no intenté averiguar más sobre el hecho para no toparme con algo que la razón no pudiera interpretar. Ni siquiera, y para ser más clara en mi explicación, creí prudente indagar si se trataba en realidad de una mujer.

Preferí descreídamente constatar que el alma que me ha acompañado todos estos años estaba en mi cuerpo, y sintiéndome nuevamente dueña absoluta del mismo y de los movimientos que concientemente realizaba con cada uno de los huesos de mi esqueleto, de los músculos y de los tendones, viré a la izquierda y, con menos apuro que antes inicié la marcha sobre los escalones que me llevaron, sin más reflejos vítreos a mi lugar de trabajo. Sin embargo, otras veces he bajado los mismos escalones y he andado sobre mis pasos hasta la habitación oscura y lúgubre. Y, como en un juego, he esperado de este lado del cancel la presencia de alguien en quien confundirme. Más aún, he intentado el mismo ejercicio en otros espacios en los que existen las condiciones para crear un espejismo semejante pero nada igual ha sucedido. Sólo una vez pude tener la experiencia de ser, por un momento, yo misma encarnada en la silueta de otra persona; un individuo que, ajeno a mí, invade el espacio que ocupo apropiándose de mis movimientos dejando, sin saberlo, que los analice y que mi razón entremezcle hechos, sensaciones y sobresaltos y me conduzca a un punto en el que me deje llevar, aunque sea por un instante, por un proceso complejo de dualidad real y etérea. •

DULCE MARÍA DELGADILLO. Bióloga por la UNAM. Maestra y Doctora en Ciencias por el CINVESTAV y el CICATA, ambos del IPN. Contacto: dulmadelca@hotmail.com